

## 5

# El cordón umbilical de nuestra fe

## *El tesoro de la Tradición*

El capítulo anterior mostraba que la Sagrada Escritura es la fuente primera y la más importante de la tradición. La palabra «tradición» aquí significa algo distinto de lo que sería una cosa transmitida, como por ejemplo las venerables costumbres e ideas que tuvieron su origen en el pasado. Significa más bien el «depósito» multiforme de experiencias sobre encuentros con Jesús-Mesías que han ido contando los creyentes generación tras generación. Experiencias de iluminación, de salvación, de bienestar, de plenitud, de renovación, de enriquecimiento existencial. Pues quien se atreve a creer en este Jesús-Mesías se encuentra con una auto-revelación única de Dios.

Antes se pensaba que la tradición era una segunda fuente de la fe, junto con la Sagrada Escritura, y a veces también hoy se piensa así. Pero en realidad, la tradición es la única fuente, porque la Sagrada Escritura es la parte primera y la más original de ese mismo «depósito» acumulado.

La tradición, además de la Sagrada Escritura, abarca todas las demás expresiones de la fe en Jesús y en el Dios que él anunció: la oración litúrgica y no litúrgica, los credos, las expresiones de los concilios, los sínodos, papas, obispos, maestros de la Iglesia... las diversas espiritualidades, los catecismos, las costumbres piadosas, y hasta las reglas jurídicas eclesíásticas. No sólo las de antes, sino también las de ahora. Esta segunda dimensión de la tradición también es santa para los cristianos, porque nos permite acceder al Cristo que vive en la comunidad eclesial, y mediante él, a Dios. Entonces lo que se decía de la Sagrada Escritura, vale también para la tradición: es decir que ella está extremadamente marcada por los factores personales y por

las circunstancias de tiempo y espacio. La tradición es el depósito que guarda las representaciones eclesíásticas en encuadres culturales que son siempre muy determinados. Pero éstos están siempre en movimiento. A veces lo hacen con tanta lentitud que pueden parecer inmóviles, pero otras veces, como es el caso en nuestros días, lo hacen con una rapidez angustiosa. Por eso y pese a toda su riqueza, este depósito es esencialmente dependiente del tiempo. Cuanto más radical sea la mutación cultural, mayor será el cambio de las representaciones y expresiones de la fe, por muy eternas que parezcan. De ahí que la garantía ya ha vencido para una buena parte de las cosas transmitidas por la tradición. Por eso es importante, especialmente hoy, que se asuma la actitud recomendada por Pablo a los cristianos de Tesalónica: «Investiguen todo críticamente, guarden (sólo) lo que da pruebas de ser bueno» (I Tes. 5,24). Pues vivimos hoy en una fase de mutación cultural, lo que trae como consecuencia que las representaciones y formulaciones modernas se alejan cada vez más de las del pasado.

En todos los cambios debe guardarse el vínculo con la tradición, porque de lo contrario, nos separamos de la comunidad de fe que nació del encuentro con Jesús de Nazaret. Como cristianos no podemos confesar cualquier cosa. Quien piensa que todo es igualmente valioso, en el fondo está mostrando que todo le es indiferente. Y la indiferencia es el polo opuesto de la fe activa. Por ejemplo, la reencarnación o la transmigración de las almas no pertenece a la tradición. No se la encuentra ni en la Sagrada Escritura ni en otros testimonios cristianos. Tampoco lo está la representación de Dios como una fuerza impersonal ni como otro nombre para designar la naturaleza. Tales ideas han llegado a nuestros oídos al impulso de la ola de la modernidad. Por ejemplo, la idea de la transmigración de las almas surge como reacción contra la representación de una resurrección corporal, lo que en la modernidad es insostenible. Este libro responde a una búsqueda de formulaciones de la fe que sean compatibles con la cultura del siglo XXI, por lo cual se encuentran en él expresiones que se alejan de las del pasado medieval o de las del tiempo de la Contra-reforma, y que, sin embargo tienen que estar esencialmente en la misma sintonía que la tradición, para darle continuidad. En esto hay tres figuras de la tradición que son especialmente importantes: el Credo, la liturgia y las definiciones del magisterio. En este capítulo trataremos las dos primeras y la tercera será tratada en el capítulo 6.

### *El Credo*

El Credo o Símbolo es un testigo muy importante de la tradición. La palabra griega *symbolon* significa «signo de reconocimiento».

Con el símbolo se le entregaba a alguien un signo que le permitía identificarse como miembro de la comunidad cristiana, era una suerte de placa que le daba acceso a las asambleas de los cristianos. El Credo enseñaba lo que debemos profesar como cristianos. Al hablar del Símbolo, entendemos los «doce artículos de la fe» que se recitan habitualmente en las celebraciones litúrgicas dominicales –la hermosa palabra confesar o profesar [la fe] la mayoría de las veces no corresponde a la realidad-.

En la historia ha habido muchos Símbolos. Y para ellos hay una formulación occidental y por tanto latina, y otra oriental y por tanto griega, y a la vez, cada una de ellas tiene muchas variantes. A la occidental, pertenecen entre otras, la romana, la norteafricana, la gálica, la irlandesa, la española. La versión oriental, también cuenta con una serie de redacciones más o menos largas según los lugares de donde procedan. En todos estos credos observamos que los más cortos son también los más antiguos. De ello se deduce que, con el paso del tiempo y el influjo de las culturas, los creyentes tuvieron que caminar por un sendero que se les hizo cada vez más estrecho. Estas precisiones progresivas casi siempre se refirieron a la persona de Jesús en su relación con Dios.

Todos estos Símbolos resumen brevemente las visiones de fe que se han depositado en la Sagrada Escritura. Lo que a la gente moderna le causa problemas cuando lee la Sagrada Escritura son las imágenes, las representaciones y el lenguaje testimonial de los símbolos, pues son irremediabilmente heterónomos. El que quiere expresar lo que cree mediante los «doce artículos del Credo» se queda empantanado, porque para traducir la mayor parte de ellos en conceptos teónomos, debe estarse conectando constantemente con una especie de transformador espiritual. De lo contrario seguiría recitando el Símbolo, pero dejaría de confesar su fe. Al final del capítulo 2 ya dimos algunos ejemplos al respecto, y a lo largo de todo este libro intentaremos mostrar la forma cómo el contenido de fe depositado en los doce artículos de pronto aparece de una manera muy distinta y mucho más brillante bajo un enfoque moderno. En el capítulo 19 propondremos en síntesis, una nueva formulación que, inspirada en este enfoque moderno, nos permite confesar realmente nuestra fe.

### *El desarrollo dogmático*

Es altamente verosímil pensar que en el tiempo en que Pablo les escribía la epístola arriba mencionada a los cristianos de Tesalónica, éstos se habrían sorprendido no poco si hubieran escuchado la versión del Credo en el latín tardío de los altos funcionarios de algunos siglos después. Y pensamos que sin duda se habrían preguntado si su

propia fe era la misma que la que estaba formulada allí. El Concilio de Constantinopla que en 381, d. C. confirmó en forma definitiva este largo Credo, habría contestado afirmativamente a esa pregunta. Y aún hoy día la respuesta sigue siendo la misma. El contenido de la fe no cambia, nada se le agrega, nada se le quita. Sólo se desarrolla desde lo implícito a lo explícito. El mensaje original encierra (y oculta) infinitamente más que lo que se podía sospechar en el año 50, de tal manera que hoy llena un *Catecismo de la Iglesia Católica* de más de 700 páginas. La mayor parte de su contenido ha visto la luz sólo muy lentamente, según se dice, como fruto de la obra paciente del Espíritu de Verdad que llevará a la Iglesia «a la verdad en su plenitud», como el autor del cuarto evangelio hace decir a Jesús en su alocución después de la última cena (Jn 16, 13). Este crecimiento varias veces secular del contenido de la fe se llama «desarrollo dogmático». Los dogmas de los siglos XIX y XX marcan por ahora el término de este desarrollo: que el Papa es infalible (aunque bajo ciertos presupuestos) (1870), que María fue concebida sin el pecado original hereditario (1854) y que después de su muerte fue recibida en el cielo en cuerpo y alma (1950). Felizmente también pertenecen a este desarrollo las representaciones más modernas que comenzaron a brotar sorprendentemente del tronco viejo y apolillado de la Iglesia de la contrarreforma, durante el II Concilio Vaticano. Estos últimos, aunque no llevan el impresionante nombre de dogmas, no son menos importantes ni pertenecen menos a la tradición.

Cuando un protestante pregunta a su hermano y hermana católicos: ¿en qué se apoyan para creer en estos tres últimos dogmas?, la respuesta honesta debería ser que, en efecto, no se los puede encontrar en la Biblia. Pero los católicos agregan rápidamente que tampoco es necesario encontrar todo en la Biblia. El Espíritu de Dios conduce infaliblemente a la Iglesia (católico-romana), y su conducción se refleja en el *sensus fidelium*, el sentido de los fieles, que es como un olfato creyente de los miembros de la Iglesia. Cuando todos juntos, o al menos por la boca de sus representantes (a quienes ellos tampoco han elegido), anuncian algo como verdad, eso es verdadero. Así de simple. Pero si el principal testigo de la tradición, la Sagrada Escritura, no tiene parte en todo el proceso, ¿cómo podemos saber con tanta seguridad que todavía mantenemos la orientación de la tradición original?

La respuesta oficial a esta pregunta es, naturalmente: ¡con la ayuda del Espíritu Santo! Pero esto no se puede afirmar tan fácilmente. La pregunta no es si el Espíritu de Dios no está activo en la Iglesia, porque eso pertenece al fundamento original de la tradición. Si el espíritu de Dios ha desarrollado su actividad de manera sobresaliente

en Jesús, también lo hace en la comunidad de quienes han crecido junto con él para formar un solo cuerpo, es decir, en la Iglesia. No por ser una institución humana a menudo tan decepcionante, como la que conocemos, sino porque es aquella creación de Dios que se trasluce a través de la institución. Cuantos menos problemas tengamos con la evolución del pensamiento, más natural nos va a parecer que la comunidad de los creyentes vaya descubriendo poco a poco la riqueza total del mensaje original. Encontrar la verdad es algo que sucede sólo progresivamente. Y el Espíritu de Dios es un Espíritu creador y por tanto siempre renovador.

Las dificultades comienzan en cuanto nos preguntamos acerca del criterio del que disponemos para distinguir entre un desarrollo positivo bajo el influjo del Espíritu creador de Dios y una degradación generada por una fuerza de gravedad insana. Porque es demasiado evidente que algunos fenómenos ocurridos a lo largo de la historia de la Iglesia no dan testimonio del espíritu de Jesús. No podría ser de otra manera. El mensaje evangélico ha sido sembrado entre culturas que había que cristianizar y con ello, lamentablemente se contaminó y se mezcló con su contrario no evangélico. Como consecuencia, esta mezcla fue arrastrada durante siglos como si fuera la verdad eclesial. La historia de la Iglesia ha sido una exposición itinerante de desarrollos fallidos, de abusos y delitos vergonzosos, cometidos por creyentes y jerarcas, que a menudo fueron aprobados por príncipes eclesiales y teólogos, a quienes hasta los canonizaron como santos y los bendijeron con palabras de la Escritura.

Uno de los ejemplos más tristes es el antijudaísmo de los cristianos, que comienza ya en el Nuevo Testamento y luego va creciendo y multiplicándose cada vez con más fuerza desde las cruzadas, al mismo tiempo que va tomando formas cada vez más brutales. Pretendiendo servir a Dios, los cristianos han acusado a los judíos de ser asesinos de Dios y con ese pretexto los han perseguido sin piedad. Lo han hecho con gente que pertenece al mismo pueblo que Jesús, su madre y sus apóstoles, en circunstancias en que la mayor parte de las veces éstos no les habían hecho ningún daño. El hecho de que los cristianos hayan pensado y actuado así durante siglos, sin el menor remordimiento de conciencia, y que hayan visto esto como una obra agradable a Dios, no nos permite atribuirlo a la acción del Espíritu Santo.

Para el desarrollo dogmático se apela una y otra vez a Jn 16, 13: diciendo que el Espíritu va a llevar a la Iglesia a la verdad plena. Esta construcción impresionante se sostiene en realidad en una base bastante escuálida. Según el pensamiento heterónomo, estas palabras deberían tenerse por infalibles y deberían poder aplicarse arbitraria-

mente a todo tipo de fenómenos internos de la Iglesia. La estabilidad de esta construcción se vuelve aún más frágil al percatarse de que ese versículo se puede traducir de otra manera: «El Espíritu les va a llevar a vivir en la verdad completa». Pero en Juan «verdad» significa casi siempre «fidelidad». En esta traducción, el versículo tiene mucho más que ver con la vida que con la enseñanza. Otro texto al que se acude es Jn 14, 26, donde se dice que el Espíritu va a recordar a los discípulos lo que Jesús ha dicho. Pero este versículo no sirve, porque supone que el desarrollo se va a referir a palabras suyas y por tanto al evangelio.

Entonces, ¿en qué consiste esencialmente la tradición santa en la que queremos afirmarnos? Sobre todo en las experiencias que los discípulos tuvieron en su encuentro con Jesús. Las conocemos, porque han sido puestas por escrito en el Nuevo (o Segundo) Testamento, el cual se siguió construyendo sobre la base de las experiencias de Dios que habían quedado por escrito en el Antiguo (o Primer) Testamento. De tal manera que nada de lo que estuviera en contradicción con el espíritu de Jesús, tal como lo experimentaron y contaron sus discípulos, podría pretender ser válido. Por mucho que fuera una costumbre antiquísima, no pertenecería a la tradición. El odio a los judíos, o las cruzadas, o la intolerancia y la violencia religiosa, o la veneración de la riqueza o de la pompa, o la lucha por los puestos honoríficos o de preeminencia, o el ejercicio de la autoridad como postura de poder más que de servicio. Ninguno de estos males que han proliferado por tan largo tiempo y en forma tan profunda en la Iglesia, aún hasta en nuestros días, pueden ser de ninguna manera fruto del buen árbol del Espíritu de Dios.

Por el contrario, los desarrollos que configuran una construcción coherente con la piedra fundamental que es Jesús pertenecen a los contenidos permanentes de la tradición. En esta línea se puede pensar en la lenta toma de conciencia de la intangibilidad del ser humano y en el reconocimiento de los derechos correspondientes, como el derecho a la integridad corporal y a la libertad, con las consecuencias de la abolición de la esclavitud y la lucha contra la tortura, la tolerancia, la mentalidad democrática -no sólo fuera sino también dentro de la Iglesia-, la igualdad de derechos de la mujer -aunque, como se ve, esto último tiene que recorrer todavía un largo camino dentro de la Iglesia-, el rechazo de la discriminación y el racismo, la justicia social. También se puede pensar en el crecimiento de la mentalidad ecuménica y el reconocimiento de que también las religiones no cristianas son caminos de salvación. O la preferencia expresada por los pobres y débiles socialmente y el sentido de responsabilidad frente al tercer mundo. O el compromiso por la paz y la conservación

de la creación. O la lucha contra la idolatría del capital y una globalización desconsiderada. Pasó mucho tiempo y costó que todos estos valores sagrados pudieran penetrar hasta la conciencia de los cristianos. La acción creadora del Espíritu divino se revela precisamente en este crecimiento paciente.

Pero la tradición llegó hasta nosotros casi exclusivamente envuelta en un hábito heterónomo, en representaciones, formulaciones y prácticas con las cuales las personas que viven en la teonomía no saben mucho qué hacer. Se lo ve de manera particularmente clara en el ejemplo de la liturgia a la que dedicaremos todo un apartado, dado el lugar central que ella ocupa en la práctica de la fe.

### *La liturgia, de lenguaje secreto a lenguaje de la comunidad*

Los renovadores padres del Concilio Vaticano II tal vez pensaron que, con permitir las lenguas vernáculas y decretar la reelaboración de los textos y rúbricas, ya habían terminado la tarea y le habían abierto y asegurado un futuro a la liturgia. Pero se equivocaban profundamente. La liturgia era una bella durmiente, detenida en el estadio en que la había dejado durante cuatro siglos la reforma del Papa Pío V, decretada en 1572 por el Concilio de Trento. Para las fuerzas conservadoras del Vaticano, podría haber seguido durmiendo unos cuantos siglos más, pero como se la despertó en contra de la voluntad curial, hicieron todo lo que estuvo de su parte para que se durmiera nuevamente. Como lamentablemente los cambios decretados por el Concilio no se podían echar para atrás, de aquí en adelante habría que poner término a los cambios. ¡Tenía que volver la paz! La paz de cementerios. Después de un tiempo, pareció claro que se había pasado la cuenta sin consultarle al tabernero. Después de una primera fase de entusiasmo (escoba nueva siempre barre bien), la base comenzó a sentirse incómoda. Pese a todo, la liturgia seguía siendo un aspaviento ritual ajeno al mundo y su lenguaje, un idioma extranjero impregnado del olor a encierro de un cuarto que ha permanecido largo tiempo sin ventilar. Los fieles, que hasta el momento habían sido alimentados con el incomprensible e inasimilable latín, a pesar del cambio a la lengua vernácula, siguieron sin entender las alusiones bíblicas con significados profundos de las que la liturgia estaba llena. Entonces la base comenzó a renovar, a reconstruir, a adaptar, a dejar de lado cosas viejas y a reemplazarlas por nuevas. Primero lo hicieron con algunos elementos, luego con otros y continuaron con más cada vez, todo bajo el impulso de una mentalidad democrática que por fin se despertaba dentro de la Iglesia, con un espíritu de responsabilidad por el bien común de todos. Se tenía la intención de hacer que la liturgia fuera la oración de la comunidad de

la Iglesia, como lo dice su nombre, y dejara de ser el jardín cerrado vigilado con ojos de perro guardián por la jerarquía, para cuidar que cada cual caminara ordenadamente por el sendero que le marcaron las generaciones anteriores.

La mayoría de las veces uno se inclina a limitar el concepto de liturgia a la celebración de la misa. Pero abarca mucho más. No sólo todos los sacramentos, sino las innumerables consagraciones y bendiciones, la oración coral de monjes y monjas, los ritos de sepultura, las procesiones, letanías, cánticos de Iglesia y demás. Como los fieles tienen contacto casi únicamente con la liturgia de la misa, las observaciones que siguen se limitarán a ella.

Se nos ha educado en el convencimiento errado de que los ritos de la misa con sus formulaciones y sus secuencias típicas de oraciones y gestos son algo sacrosanto y eterno. Es cierto que la misa es como una casa donde el trabajo de construcción, remodelación y ampliación se ha llevado a cabo durante mucho tiempo, de acuerdo con los gustos y las ideas de cada época, como un parchado de restos, cada uno de los cuales corresponde a una forma particular e histórica de entender y expresarse. Los ritos y oraciones tradicionales de la liturgia de la misa brotaron de entre los mismos fieles, como expresión de sus maneras de ver la fe. No cayeron del cielo. Si en otro tiempo fue bueno crear un lenguaje litúrgico propio, puede seguir siéndolo aún hoy día nuevamente, pese a todas las prohibiciones de Roma. Es muy pobre el argumento que se esgrime en contra: que la unidad de la Iglesia se va a ver gravemente dañada si cada pueblo, o peor, cada parroquia, determina su propio estilo ¿Acaso la unidad de la Iglesia se ha visto dañada porque el creyente occidental no se halla a gusto en la liturgia del oriente? ¿O porque la manera como se celebra la eucaristía en el África Central (¿donde de veras se la celebra!) deja perplejo a buena parte de los fieles en Europa? No somos nómadas que a cada rato cambiemos de lugar nuestra tienda de campaña; somos miembros de una Iglesia local, y ésta es una célula autónoma de la gran Iglesia *Catholica*. Si todas las células fueran idénticas, ¿dónde quedaría el cuerpo y su variedad? Finalmente, unidad no significa uniformidad. Quiere decir vinculación interna. En cambio uniformidad significa sólo sincronización externa. Concedemos que no es imaginario el peligro de una lamentable pérdida de calidad, como consecuencia de la libertad que se tomen los investigadores en el terreno. Pero es posible prevenirlo, mediante el control mutuo y también hay que reconocer sencillamente el desgaste del tiempo que termina por desechar lo que va siendo calificado como insuficiente. Además, sigue en vigor la regla de que uno se debe quedar con lo antiguo cuando no tiene nada mejor que ofrecer. Lo que importa es



que esté bien para el siglo XXI, pero eso no significa necesariamente que tenga que ser nuevo.

De todas maneras este nuevo lenguaje litúrgico debe enraizarse en la tradición original, pero en su formulación no debe seguir recordado al orador romano, o al monje medieval, o al teólogo de la contra-reforma. Por eso es que una celebración eucarística congoleña debe ser distinta de la nuestra y la nuestra distinta de la del Vaticano. Y la de un pueblo campesino de montaña, distinta de la de una gran ciudad. Y si es con niños, debe ser distinta que con ancianos.

La frase: *lex orandi, lex credendi*, es decir, la ley que rige para la oración vale como ley para la fe, ha sido formulada con miras a la liturgia. En el primer caso, *lex, ley* - quiere decir, la costumbre que se ha introducido en la oración, en el segundo caso la norma a la que uno debe atenerse en la fe. Esto significa que las representaciones de fe que se han revestido con el lenguaje de la liturgia de la misa, son hijas auténticas de las de la tradición, y por tanto son normativas. Puede que de allí provenga el peligro de que en ellas la vida se congele y pasen a ser un modelo superado, una cultura sin vida. Pues cada cultura introduce algo que está condicionado por la época, en la formulación de la fe eterna, en el lenguaje de la oración. Pero la tradición y también la tradición litúrgica, es el fruto viviente del Espíritu y por eso especialmente hoy, empuja a un desarrollo ulterior, que dé cuenta de las nuevas representaciones de la fe.

Si se sigue buscando un lenguaje que cada comunidad de fe pueda reconocer como propio, se le presta, pues, un valioso servicio a la tradición. Desgraciadamente la lectura del texto del misal, tal como ha sido practicada durante años, ha bloqueado en la mayoría de los presidentes de asamblea su capacidad para crear un lenguaje de oración que esté en constante renovación, y esta capacidad se puede recuperar sólo lentamente. Y no se ha aprendido ni ensayado nunca a improvisar oraciones, cosa que cada presidente tendría que ser capaz de hacer.

El presidente puede permitirse algunas libertades respecto a oraciones y textos de cánticos e incluso en la formulación de la oración principal, sin embargo debe tomar los textos de la Escritura como vienen. La curia romana insiste en que la traducción utilizada sea la más fiel a los originales griegos o hebreos. No permite, pues, que con la ayuda de una traducción más libre o elaborada, se prevengan interpretaciones erróneas de los textos, se explique lo desconocido y se ilumine lo ambiguo u oscuro. Tal tozudez se castiga a sí misma, pues el mensaje de fe se queda sin poder ser comprendido y sin servir de alimento a la fe, siendo así que la lectura apunta precisamente a ese crecimiento en la fe. La reforma litúrgica del Concilio

Vaticano II pudo terminar con el sinsentido que era leer la Sagrada Escritura en una lengua que nadie entendía y llamar «anuncio» a tal lectura. Pero la práctica actual no ha mejorado mucho. Las instancias romanas, que en la selección de los textos de lectura se dejaron guiar por un pasado venerable pero sin futuro, no se han preguntado nunca en serio, si algún día va a traer frutos esta lluvia de la palabra de Dios que cae cada domingo sobre quienes entienden la mitad o entienden mal.

A menudo no queda más que una salida, más paliativa que sanadora: sería la de reemplazar las ininteligibles lecturas prescritas por Roma por otras más accesibles. Y a estas mismas, bajarles un poco el nivel de dificultad, corrigiéndolas en lo posible durante la lectura. Esto significa: introducir el trozo con una explicación, presentarlo en su contexto, retocar el texto pese a todas las prohibiciones y aún a riesgo de equivocarse, reemplazar conceptos desconocidos por otros modernos equivalentes, evitando así términos como prosélito, diezmo, didracma, Mamón y otros. Dejar de lado nombres propios que no sean absolutamente necesarios, agregar aclaraciones, como Mc 7, 3 lo hace, saltarse versículos que impiden seguir el pensamiento o que los mismos exégetas no saben qué hacer con ellos. Porque lo que uno no entiende, deja de ser palabra de Dios dirigida a uno y no puede suscitar ninguna respuesta de fe. Y como sin homilía la Biblia sigue siendo un libro sellado con siete sellos, y como es imposible tener dos o tres homilías en cada misa, habría que pensar bien si no sería mejor reducir las lecturas a sólo una, en vez de las dos o tres prescritas en los directorios. Al parecer, estos directorios cultivan la ilusión de que tres lecturas, aunque se las escuche sin entenderlas, prometen más fruto que sólo una, cuyo sentido puede explicarse.

Más arriba hablamos de las instancias romanas que eligen en nuestro lugar y que nos prescriben cosas elegidas por ellos. Estas instancias juegan un papel en la tradición, al menos el de perro guardián en esta casa santa. De ello va a tratar el capítulo siguiente.